

DOMINGO IV DE ADVIENTO (B)
Homilía del P. Bonifaci Tordera, monje de Montserrat
24 de diciembre de 2017
2 Sam 7,1-5. 8b-11. 16 / Rom 16,25-27 / Lc 1,26-38

Estamos a las puertas de Navidad. ¿Qué esperamos? ¿Una buena cena o una fiesta familiar, o bien regalos? Los cristianos debemos esperar algo más. Nuestra fe nos hace esperar "la manifestación de la bondad y misericordia de Dios para los hombres". De lo contrario, estamos perdiendo el tiempo. "Si sólo esperamos en Cristo en esta vida somos los más miserables de los hombres".

El profeta Isaías nos anunciaba la obra que Dios quería realizar a favor de David: no un templo de piedra, sino una dinastía avalada por él mismo.

San Pablo nos describía hacia dónde apuntaba esta dinastía: la revelación del "misterio mantenido en secreto durante siglos eternos", y que fue anunciado por los profetas y manifestado al final de los tiempos: Jesucristo.

Y éste designe lo hemos visto realizado ya en María, símbolo de la humanidad creyente, Arca de la nueva Alianza, en quien se hace carne el Hijo eterno del Padre. Decisión desconcertante para María, y para nosotros, pero que es un hecho constante que se irá repitiendo a lo largo del Evangelio: Dios se manifiesta en los humildes, en los sencillos, en los que no cuentan para nada.

María era una doncella sencilla de Nazaret, ciudad desconocida en la Biblia. Pero, para Dios, María era la "llena de gracia", la que ya disfrutaba de la presencia de Dios: "el Señor está contigo". ¿Cómo no debía asustarse aquella muchacha al oír aquel saludo? ¿Quién era ella? Para Dios sí era importante, era la elegida. Porque Dios no mira al exterior de la persona, no considera los títulos ni la estirpe, no mira las riquezas. Para Él todo esto son sólo apariencias. Dios mira el interior, y Él había puesto la mirada en ella, porque era digna de ser la madre de su Hijo, y su mirada la llenaba de su presencia.

María estaba desposada con José, pero el matrimonio no se había consumado, no vivían juntos, todavía. Ella era virgen, pura. Este matrimonio no se consumará humanamente, sino que "«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra", le dice Gabriel, "y por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios". Este era el mensaje divino. ¡María daría al mundo el Hijo de Dios! Y María asiente humildemente, dócilmente y obediente, a la voluntad divina: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". No necesitó pruebas. Cree y acepta confiadamente. No dudó de las palabras del mensajero sobre la gran obra salvadora. Se sometió: "Hágase". "Y el Verbo se hizo carne".

Este Hijo, de Dios y de María, venía a salvar el mundo, a redimir la humanidad hundida en el pecado; llevaría la misericordia, el perdón y la reconciliación con Dios. Pondría la paz entre la tierra y el cielo, entre los hombres y Dios. Venía a abrazar a los hombres, a unirse con Dios. Y eso es lo que empieza en María. Fue el "big-bang" de la Redención.

Hermanos, felices los que hemos creído, porque se cumplirá también en nosotros, como en María, la voluntad del Padre: "Cristo en nosotros, esperanza de la gloria, el Emmanuel". En María, la esperanza de salvación empieza ya a ser presencia. En el vientre de María, el Adviento ya se hace Navidad.

Que esta Navidad lleve a la tierra, a todos los hombres y mujeres que Dios ama, la paz de Dios, y gloria a Dios en el cielo. ¡Feliz Navidad!